

conocimiento sobre las poblaciones del pasado. Aun cuando la presencia de la antropología física no está afianzada en todos los centros de investigación de las entidades federativas que conforman el noroeste, la llegada de antropólogos físicos a Chihuahua ha generado nuevos espacios de investigación y de formación de recursos humanos que promete cubrir el vacío de información sobre las comunidades que habitan la región tarahumara.

Por otro lado se han generado estudios desde disciplinas como la historia, la antropología social y la lingüística dentro del ámbito antropológico, en tanto que los estudios sobre la nutrición y la salud de las poblaciones contemporáneas han sido desarrollados por otras instituciones académicas como el CIAD, El Colegio de Sonora y la propia Universidad de Sonora.

No obstante, falta mucho por hacer. Las conclusiones del evento giraron en torno a la creación de una red de investigadores de las sociedades y grupos humanos del noroeste y norte de México que incluya a los colegas que se encuentran en otros centros académicos y de investigación que aborden temas de estudio relacionados con el norte del país, así como a la fundación de un seminario sobre temas antropofísicos que dé seguimiento a investigaciones y problemáticas académicas regionales. El seminario llevará el nombre de Aleš Hrdlička, en honor al primer antropólogo físico que estudió las poblaciones del noroeste y al que debemos los primeros datos sistemáticos sobre ellas. La próxima reunión será a finales de 2016.

Dos conclusiones adicionales generadas en este evento se relacionan con la docencia y la formación de recursos humanos. La currícula escolar de la carrera de arqueología y antropología física requiere del cumplimiento de prácticas de campo, por lo que se decidió ofrecer el apoyo a los estudiantes de la EAHNM para incluirlos en los proyectos de investigación vigentes, apoyarlos en el acceso a

colecciones arqueológicas y osteológicas para el desarrollo de sus trabajos terminales y abrirles espacios para el cumplimiento de su servicio social. En otras palabras, el consenso fue generar un apoyo incondicional para estudiantes y maestros de esa escuela para el buen desarrollo del proceso de formación de los nuevos antropólogos.

La otra conclusión se vincula con el intercambio académico, la generación de nuevos proyectos y la participación de colegas y estudiantes de otros centros de trabajo en los proyectos vigentes. El consenso aprobó la red de investigación para el conocimiento de las poblaciones que habitaron y habitan el noroeste y el norte de México. Una tarea pendiente para el próximo año es la creación del proyecto para solicitar fondos a las universidades estatales y al Conacyt.

La Primera Reunión de Antropología Física del Noroeste logró los objetivos planteados. Además, logró la creación de un espacio de reflexión y creación científica de carácter interdisciplinario. En particular, fue un espacio de discusión e intercambio entre antropólogos físicos y estudiantes de esta disciplina antropológica, que estableció la necesidad de forjar una nueva antropología física capaz de comprometerse con su entorno social.

• • •

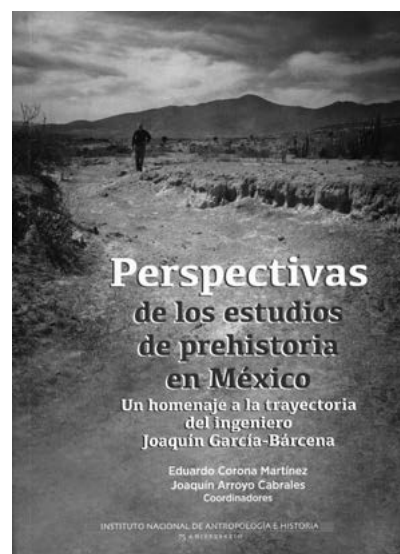
Eduardo Corona Martínez y Joaquín Arroyo Cabrales (coords.), *Perspectivas de los estudios de prehistoria en México. Un homenaje a la trayectoria del ingeniero Joaquín García-Bárcena*, México, INAH (Arqueología, Logos), 2014

Christopher M. Götz*

* Profesor-investigador, Facultad de Ciencias Antropológicas, UAY (cgotz@correo.uady.mx). Texto leído en la presentación del libro, el 12 de marzo de 2015, en el marco de la Feria Internacional de la Lectura Yucatán.

El libro *Perspectivas de los estudios de prehistoria en México. Un homenaje a la trayectoria del ingeniero Joaquín García-Bárcena*, editado por los colegas arqueozoólogos del INAH Eduardo Corona Martínez y Joaquín Arroyo Cabrales, consta, a lo largo de sus 224 páginas, de una colección de 10 capítulos que informan sobre los conocimientos más recientes en torno a la prehistoria y arqueología precerámica de México. Con más de 60 figuras, ocho tablas y 330 referencias bibliográficas, constituye una obra interesante e importante, que sin duda alguna muestra los avances de esta rama de la arqueología nacional y continúa el legado del ingeniero Joaquín García-Bárcena de una manera infalible.

Los 10 capítulos se ordenan de acuerdo con la región y el tema tratado. El texto se inicia con el trabajo de Luis Alberto López, titulado "Buscando al ingeniero: intento de una semblanza del ingeniero y arqueólogo García-Bárcena González". El segundo capítulo versa acerca de "Los sitios precerámicos de Chiapas: 1974-1984", escrito por Diana Santamaría, seguido por "La cadena operativa y la industria lítica arqueológica", de Lorena Mirambell. El cuarto capítulo, escrito por Leticia González, presenta "Un modelo



de observación del ritual mortuorio entre los cazadores-recolectores del desierto del norte de México y la aplicación del concepto rito de paso”, mientras que el quinto, de Harumi Fujita y Antonio Porcayo, abarca el “Poblamiento de la península de Baja California” y el sexto, los avances recientes en materia de la prehistoria de Oaxaca, de Marcus Winter. El capítulo siete, de Guillermo Acosta, presenta “Nuevos estudios sobre sociedades precerámicas de Chiapas”, en tanto que en el noveno se detallan los conocimientos sobre las “Primeras evidencias humanas en la cuenca de México”, por parte de José Jiménez, Gloria Martínez y Rocío Hernández. En el penúltimo capítulo se analiza “El futuro de la arqueobotánica en México”, de Fernando Sánchez, Susana Xelhuanitzi y José Luis Alvarado. El libro finaliza con “Algunas consideraciones sobre las relaciones entre el hombre y la fauna en los estudios de prehistoria en México”, de Eduardo Corona.

Para mostrar la importancia del libro, me permito describir, con cierto pormenor, cinco capítulos como *pars pro toto* del tema general y, como ya he mencionado, del legado científico del ingeniero García-Bárcena. Desde luego, con esta selección no quisiera dar la impresión de que los otros trabajos sean menos importantes.

El capítulo “Buscando al ingeniero: intento de una semblanza del ingeniero y arqueólogo García-Bárcena González” constituye sin duda un punto central en la obra. Presenta una semblanza de vida del ingeniero Joaquín García-Bárcena González. El ingeniero, incansable arqueólogo y precursor para muchos desarrollos de la disciplina en México, nació en la ciudad de México el 2 de enero del 1935 y murió el 25 de septiembre de 2010 en esta misma ciudad, a la edad de 75 años.

García-Bárcena, o el Inge, como era llamado por sus amigos, provenía de una familia originaria de Santander, España.

A los 23 años obtuvo la licenciatura como ingeniero químico y en 1965 se inscribió, a la edad de 30 años, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Se graduó en 1973 con honores, al defender la tesis “Fechamiento por hidratación de la obsidiana: la constancia de hidratación en función de la composición del vidrio y de la temperatura”, bajo la tutela de los arqueólogos José Luis Lorenzo, Arturo Romano y Jaime Litvak.

A partir de estas fechas sus intereses principales en la arqueología se fueron articulando en dirección de las investigaciones sobre poblaciones prehistóricas no sedentarias, la datación arqueológica, el desarrollo, la definición y la aplicación de conceptos como patrimonio cultural, la normatividad patrimonial y la historia arqueológica. García-Bárcena resaltó durante su larga vida académica el valor de los aspectos espaciales y temporales, promoviendo técnicas confiables y de alta precisión de fechamiento de artefactos, entre las cuales la medición de la hidratación de la obsidiana ocupaba un lugar central.

Dentro de sus labores en el INAH entendió el registro y la protección del patrimonio como temas centrales. Sugirió que la prioridad debía yacer en el estudio de regiones poco estudiadas, con el objetivo de incluirlas en la base de conocimiento que se ha recuperado y estudiado en todo el país, en una labor que incluye la participación de al menos 2 500 arqueólogos. En este sentido se entiende que defendía con denuedo la relación íntima entre la generación del conocimiento arqueológico y la idea de una unidad nacional, lo que coloca a la arqueología en México en un plano importantísimo.

Para el maestro García-Bárcena, la historia era la disciplina más relacionada con la arqueología, ya que ambas buscan, apoyadas en distintas fuentes, documentar los cambios ocurridos en las sociedades humanas a lo largo del

tiempo. Pero el ingeniero no sólo se preocupaba por la arqueología; también apoyaba a la paleontología y al patrimonio paleontológico, que equiparaba con el patrimonio arqueológico.

Las labores y funciones del ingeniero Joaquín García-Bárcena dentro y fuera del INAH fueron innumerables. Entre 1976 y 1978 fue presidente del Colegio Mexicano de Antropólogos, y entre 1994 y 2010 encabezó el Consejo Nacional de Paleontología. Durante 19 años, divididos en dos periodos, fue presidente del Consejo de Arqueología del INAH; también ocupó el cargo de secretario de la Comisión Dictaminadora de Publicaciones del INAH y fue vocal de la Comisión Dictaminadora del IIA-UNAM, así como coeditor de la revista *Arqueología* y vocal fundador de la dirección científica de la revista *Arqueología Mexicana*, entre muchos otros de sus quehaceres profesionales.

Por si fuera poco, dirigió cuatro macroproyectos orientados a la investigación de etapas precerámicas en México y ocupó una gran cantidad de cargos administrativos en el INAH, dictó una serie de cursos en la Universidad Anáhuac y la ENAH, pero también en otras entidades, como en el Instituto de la Policía Judicial Federal. Asimismo dirigió numerosas tesis en la ENAH y en el IPN, y publicó múltiples artículos, capítulos de libros y monografías.

El capítulo “La cadena operativa y la industria lítica arqueológica”, de la arqueóloga Lorena Mirambell, propaga el enfoque tecnológico en el análisis de la lítica arqueológica, que busca establecer dónde se coloca un artefacto en tiempo y espacio, cómo se trabajó y cuáles fueron las implicaciones culturales del proceso de elaboración.

Las llamadas cadenas operativas líticas estudian el orden de un proyecto técnico desde la selección de la materia prima hasta el producto acabado, su uso, distribución y desecho. En este

sentido, van más allá del enfoque clasificatorio y tipológico, ya que buscan la relación entre la materia prima y la intencionalidad del artesano, inmersas en la tradición cultural y estrategias económicas, condiciones ambientales, así como dependientes de la deseada funcionalidad del artefacto utilitario o ritual. En términos arqueológicos, no sólo se pueden estudiar los pasos, sino también el “conjunto del conocimiento adquirido” por la experiencia y la educación inscrito en el comportamiento de acciones y lenguaje. Una base obligatoria son los hallazgos de artefactos terminados, desechos de manufactura, artefactos semiterminados, artefactos descartados e incluso el dato de la ausencia de un grupo de restos como evidencia importante.

Lo especialmente atractivo del estudio de las cadenas operativas es su utilidad para establecer una “tafonomía” lítica. Los instrumentos líticos pueden fungir como marcadores de los procesos de formación de un yacimiento. Por ejemplo, puede hacerse uso de remontajes de desechos de talla al relacionarlos con su ubicación estratigráfica vertical y horizontal en un sitio, analizando así no sólo la secuencia de extracción de lascas a partir de un núcleo, sino también cómo se formó y modificó el contexto como tal. Mirambell concluye con mucho acierto que las cadenas operativas resultan en un magnífico pero complejo instrumento metodológico que se debe manejar desde la multidisciplinariedad.

El capítulo “Nuevos estudios sobre sociedades precerámicas de Chiapas” discute dos contextos muy importantes del estado de Chiapas, cuna del desarrollo de una variedad de grupos prehispánicos. En la arqueología de esa entidad se habían estudiado yacimientos correspondientes a grupos arcaicos desde Lorenzo y Voorhies, y ya MacNeish había realizado parte de sus incursiones científicas en la cueva de Santa Mar-

ta, en busca de indicios de agricultura temprana.

En el trabajo de Guillermo Ochoa se presenta una síntesis de estudios del Departamento de Prehistoria del INAH encabezados por García-Bárceña, agregando nuevas evidencias resultantes de las excavaciones encabezadas por la UNAM. Un foco de atención son las dos cuevas, Santa Marta y Los Grifos, ubicadas en los Altos de Chiapas.

Con base en las evidencias arqueológicas y geográficas de las cuevas de Santa Marta y Los Grifos, muy cercanas entre sí, se propuso la reexcavación para estudiar si ambas estuvieron ocupadas por dos grupos de un régimen de subsistencia diferente, como parecen indicar las puntas acanaladas en los estratos bajos de Los Grifos y las piedras de molienda en Santa Marta. El equipo de la UNAM empleó estudios paleobotánicos, arqueozoológicos, de áreas de actividad y de huellas tecnológicas de uso, procurando también fechamientos exactos y calibrando dataciones de carbono-14 para reducir el rango de oscilación.

Con una datación de 12500 años antes del presente, la cueva de Santa Marta resulta más antigua que la de Los Grifos, pero a su vez contiene materiales expeditivos de rápida elaboración y uso corto. El ambiente fresco y húmedo que se reconstruyó para las fases de ocupación de la cueva posibilitó el aprovechamiento de una amplia gama de recursos cazables y colectables. Los materiales de molienda hallados allí contuvieron gránulos y polen de teocinte (desde 10 050 a.p.), cacao, tomate, nanche e higo, indicando la presencia y explotación de bosques diversos, entre perennifolios cálidos y caducifolios templados o quizá incluso un nivel temprano de horticultura.

En cambio, en la cueva de Los Grifos se hallaron puntas acanaladas y cola de pescado junto con raspadores parabólicos que indican la presencia de grupos

de cazadores altamente móviles, con un repertorio de artefactos de intensa inversión de trabajo. ¿Pueden entonces haberse encontrado dos culturas distintas en momentos cercanos en las dos cuevas vecinas, como lo propuso García-Bárceña? Ochoa explora esta cuestión a detalle.

El capítulo titulado “Primeras evidencias humanas en la cuenca de México” enlista y detalla los esqueletos del periodo precerámico de la cuenca de México. Desde el hallazgo del esqueleto llamado Hombre del Peñón I, en 1844, ha habido muchos nuevos descubrimientos, todos apuntando a que fue el *Homo sapiens* con características asiáticas quien pobló el territorio mexicano, luego de atravesar el estrecho de Bering en un movimiento continuo que se evidencia por una vía de contextos “enfilados” desde Alaska.

La colección de 20 esqueletos humanos de periodos precerámicos, fechados en su mayoría por radiocarbono e identificados por sexo y edad biológica según métodos modernos de la antropología física, constituye un acervo importantísimo de la paleoantropología mexicana. Entre los restos más antiguos está, sin duda, el esqueleto femenino denominado Peñón III, de 12700 años a.p., así como el llamado Hombre de Tepexpan, de entre 6000 y 12000 años a.p. También en Tlapacoya y Chimalhuacán se han encontrado restos esqueléticos de humanos de más de 10000 años a.p., mientras que muchos otros restos oscilan entre 4500 y 9000 años de antigüedad. En este sentido se llega a la conclusión de que el primer poblamiento de la cuenca de México no se pronunció antes de los 13000 años a.p., y que las asociaciones indican su ubicación dentro de la transición del Pleistoceno tardío y el Holoceno temprano.

Finalmente, el capítulo “Algunas consideraciones sobre las relaciones entre el hombre y la fauna en los estudios de prehistoria en México” resume la información paleozoológica de la transición

entre el Pleistoceno tardío y el Holoceno temprano (35000-10000 a.p./4000 a.p.), exponiendo las formas de subsistencia de poblaciones no sedentarias, precerámicas, de cazadores-recolectores, así como indicadores de condiciones ambientales.

La fauna prehistórica se conoce desde hace tiempo en la cuenca de México. Fuentes históricas mencionan hallazgos de restos de fauna "extinta" que los aztecas interpretaron como evidencia de "gigantes" (*quinametzin*) que poblaron la Tierra. Desde el descubrimiento de la Piedra del Sol en 1790, en cuya cercanía aparecieron restos de animales pretéritos, y la fundación del Museo Nacional de México, en 1860, se incentivó el estudio de restos paleobiológicos y arqueobiológicos en el país. En este tiempo se dieron los descubrimientos de Tequixquiac, localidad de

pleistofauna muy bien preservada, y en especial de un sacro de camélido al parecer tallado por manos humanas. Desde la instauración del Laboratorio de Paleozoología del INAH, en 1963, se han trabajado de manera sistemática los restos de paleovertebrados terrestres encontrados en diversos sitios de la cuenca de México.

En los listados de paleofauna destacan animales megafaunísticos como bisonte, mastodonte, mamut, perezoso gigante, lobo pleistocénico, oso cara corta o tigre diente de sable, antílopes y caballos. También aparecen varios animales de fauna menor que hoy ya no habitan la cuenca, como cormoranes, gansos migratorios, águilas y flamencos, cuyos hábitats se han movido hacia el norte o el sur, respectivamente. Muchas de las paleocomunidades mostraban una asociación a

contextos del antiguo lago de México, importante fuente de recursos en tiempos tanto prehistóricos como precolombinos. Como resume Corona, el estudio coadyuvó a formular hipótesis sobre el papel humano en la extinción o extirpación de algunos taxones, así como en la composición microambiental de la región.

En síntesis, considero que el libro presentado constituye una fuente de información clara, precisa y a su vez detallada e importante, necesaria para el estudio del pasado prehistórico en México, que no solamente muestra la importancia del legado científico del ingeniero Joaquín García-Bárcena, sino evidencia con claridad qué tan importante y rico es el recurso prehistórico en nuestro país y cuán necesario es seguir investigando justo esta temática en la arqueología mexicana.